

--Porque como me habia V. dicho que en el baile era incansable.

--Ya veo que V. todo lo lleva á puro y debido efecto.

Descansamos un rato, y se volvió á continuar el baile hasta muy cerca de ponerse el sol, á cuya hora se dispuso que nos volviésemos á México. Cada uno tomó su respectivo asiento en algun coche, y yo monté en mi caballo: ibamos á partir, cuando se me puso en la cabeza decirle á Concha, ¿quieré V. ir á caballo hasta México?

--Si á V. no le gusta llevar mugeres.

--Si me gusta: si V. quiere ir, vamos.

--Pero quien sabe si papá querrá.

--¿Por qué no ha de querer? y si no, pronto lo sabremos.--Me dirigí á Saturio que estaba en otro coche distinto, y le dije que si queria que llevase á Concha á caballo.

--Haz lo que quieras, me contestó; pero si te molesta no la lleves.

--No, qué me ha de molestar, antes por el contrario, me gusta que se diviertan.

--Pues vaya con Dios.

Al momento la monté en mi caballo y emprendimos la caminata. Con la agitacion del baile, Concha estaba tan hermosa como nunca la habia visto: yo iba enagenado de placer.

--Que delicioso es el campo, me dijo mi compañera de viage.

--Y mucho mas lo es cuando se halla uno al lado de una muger encantadora.

--Pero muy triste, cuando es alguna muger á quien no la adorna ninguna gracia, ¿no es verdad?

--Puede suceder; pero yo hablo por lo que ahora me pasa.

--V. se burla de mí.

--No tal; le juro á V. hermosa Conchita, que al lado de V. todos los objetos que me rodean me deleitan.

--Siempre está V. de humor de chancearse.

--No es chanza, lo digo con formalidad.

--Si estuviera V. al lado de otra jóven á quien habrá ya dado su corazon, concedo.

--Mi corazon es libre, lo juro á V., ó por mejor decir, lo era ayer, hoy ya no lo es.

--No entiendo á V.

--Tal vez V. no quiere entenderme; porque quién si no V. podia haberse hecho dueño de mi corazon?

A estas palabras se encendieron mas los colores de Conchita, bajó los ojos y guardó silencio por un gran rato. Yo me enagenaba á coctemplarla en aquellos momentos ¡Dios mio yo no era dueño de mis acciones; yo la estrechaba suavemente en mis brazos y sentia que temblaban sus delicados miembros. Por último, le dije: Conchita V. parece que se ha ofendido.

--Por qué me habia de ofender? ¿por solo una chanza?

--No, no es una chanza: lo que le acabo de decir á V. ha salido de lo íntimo de mi corazon; pero si V. ama á otro no la volveré á molestar con mis imperfinencias.

--Yo no amo á otro, me dijo.

--Pero tampoco me ama V. á mí ¿no es esto?

Un profundo silencio se siguió á estas palabras.--Pues bien, continué, si V. no me ama no por eso dejaré de apreciarla.

--Que injusto es V.

--No tal, no hago mas que hablarle á V. como un verdadero amigo.

En esto llegamos á México y tuvimos que separarnos, pero antes me dió Conchita algunas esperanzas, y con ellas volví á mi casa mas opulento que si hubiera adquirido las riquezas de Creso.



LIBERTAD DE LA HISTORIA

POR EL BARON JOSE DE MANNO DE LA ACADEMIA DE TURIN. (1.)



PARA comprender bien cual es la extension de la libertad de la historia, es preciso fijar con toda claridad hasta qué punto les es permitido á los escritores revelar las acciones de los demas hombres, y juzgar de ellas, y sobre todo, de los hombres que han dejado de existir. Los muertos no pueden defenderse, y en el juicio siniestro que se forma de ellos se hostiliza siempre, asallando sin el menor temor de las represalias; así es necesario proteger mas su reputacion que la de los vivos, pues estos están bajo la salvaguardia del temor que por lo comun inspira la reciprocidad. Al efecto, debe hacerse una distincion entre las personas que han dirigido los negocios ó las opiniones públicas, y los que han tenido una vida privada.-- El hombre colocado por sus derechos ó por su fortuna en una posicion elevada, atrae hácia sí las miradas de los contemporáneos, y hace que se fije en él la atencion de la posteridad segun la parte mas ó menos activa que ha tomado en los grandes negocios de su época. De este modo la alabanza general y duradera compensa los trabajos que ha emprendido por el bien público, así como el desprecio ó la indignacion acompañan á su nombre y siguen á su memoria, si abusando de su poder ha causado la desgracia tal vez irreparable en muchas generaciones.

Por esta razon la vida de los hombres de que hablamos, puede considerarse como un gran proceso. Los contemporáneos reúnen las noticias, los razonamientos, los hechos patentes ó dudosos, las conjeturas y los indicios con la variedad y con las contradicciones que se encuentran siempre en boca de los testigos que de algun modo están afectados. La posteridad viene despues tanto mas justa cuanto mas distante se encuentra de todo aquello que pue-

de perjudicar á su imparcialidad; pronuncia su fallo, y la historia colocándolo en sus páginas inmortales, corona ó marca para siempre á todos aquellos cuyo nombre resiste al transcurso de los siglos, y cuyo recuerdo no se ha borrado con los intereses nuevos que cada edad trae consigo. Así pues, ¿la vida de tales hombres pertenece toda y exclusivamente al dominio de la historia? ¿Será permitido penetrar hasta los mas ocultos rincones de su vida privada y publicar sus secretos domésticos? La cuestion es importante, y para poderla resolver, se debe considerar atentamente la naturaleza de estos secretos.

Podria decirse primeramente que para los hombres de un rango elevado, no hay, hablando con propiedad, una vida privada. Los hombres de una posicion elevada se asemejan en algo á los cuerpos celestes, cuyos movimientos, aberraciones y eclipses observa todo el mundo, mientras que los objetos terrestres solo se ven en un espacio muy limitado; á esto se agrega que la rectitud, la magnanimidad, el buen sentido y todas las demas virtudes necesarias para el manejo de los negocios públicos, están fundadas sobre las mismas cualidades del corazon y del espíritu, que se han manifestado mas ó ménos, pero no son diversas, bien sea que hayan sido empleadas en bien universal, ó bien que hayan servido para la dicha doméstica. Así es que las acciones privadas adquieren en los hombres públicos un grado de importancia que no tienen las acciones de los hombres comunes, y aun algunas veces se atiende mas á esas acciones privadas, que á los hechos mas notorios, cuando se trata de juzgar del verdadero mérito de los hombres: porque las acciones públicas dignas de consideracion en estos juicios, no pueden reproducirse frecuentemente, en tanto que las acciones privadas que se suceden diariamente, realzan el mérito para

[1] Publicamos este artículo conforme ofrecimos á nuestros suscritores en la nota de la página 106.--[Los redactores.]

ser elogiados ó criticados, proporcionando un medio mas seguro para conocer lo que se debe esperar y temer de esos mismos hombres en negocios de mayor importancia. De este modo el amor hácia la familia, es el pronóstico de un gobierno paternal, y por la moderacion de los gastos privados se prevee el cuidado de la economía pública; por la eleccion de amigos sabios y discretos, la direccion que se seguirá en la eleccion de los empleados del estado; por la severidad de las costumbres, la proteccion que se dispensará á la moral pública, y por la religion del oratorio, el respeto que se tendrá á las creencias religiosas del pueblo.

El historiador que investigue con decencia las acciones domésticas de los hombres públicos, no viola ninguna de las reglas morales, y se aprovecha de estas investigaciones no solo como de un medio, algunas veces necesario para elevarse á otros descubrimientos mas importantes, sino aun para poder juzgar con mas seguridad de los grandes acontecimientos, que apesar de su brillante apariencia, están muchas veces dirigidos por motivos muy humildes, por no decir abyectos; de manera que con mas dificultad encontrará la verdad en los discursos solemnes y en las piezas que se llaman auténticas, que en las ocultas tradiciones del hogar doméstico.

Si se reconoce la pureza de estas investigaciones, tambien se reconocerá en seguida su oportunidad, especialmente en razon de la grande importancia que en sí mismos tienen todos los hechos, por ligeros que sean, cuando pertenecen á los hombres históricos. La curiosidad de los lectores, siempre desea de estas nociones, bien sea porque se experimente una noble satisfaccion admirando las costumbres virtuosas, aun cuando la virtud no tenga testigos, ó bien sea que se experimente un sentimiento de diversa naturaleza, viendo que la vida pública de ciertos hombres, es una vida teatral, y que despues de que se retiran los espectadores, la naturaleza vuelve á tomar sus derechos, y el héroe se convierte en un hombre comun.

Entre los hombres públicos pueden colocarse á los escritores, y el juicio que de ellos se forma, puede mirarse como uno de los derechos mas sagrados del historiador. Los demas hombres públicos, generalmente están precisados por los derechos de su nacimiento, por las necesidades ó por las conveniencias de su familia, á sujetarse á esos deberes que los hacen responsables para con el público de sus acciones. Hay pues en su destino algo de obligatorio y nece-

sario. Mas el papel del escritor es enteramente libre y voluntario, pues ha preferido la gloria literaria á la apacible meditacion, á la dulzura de los estudios privados y á la educacion doméstica de su espíritu. El hombre que publica sus trabajos tiene por lo comun en sí un gérmen de orgullo, y cuando un escritor toma la pluma para comunicar sus ideas á los demas hombres, bien animado por la conciencia que tiene de sí mismo, ó engañado por un amor propio, dice en lo interior de su alma: „Apartaos de mí, hombres vulgares, y honradme.” Esta pretension es acogida por los lectores de sus obras, quienes examinan rigurosamente lo que hay en ellas de nuevo y de útil, y si la pretension ha sido presuntuosa ó ligera, es muy justo que la burla pública acompañe al escritor temerario, ó que la indignacion general castigue al escritor maligno; de aquí es que ni aun el respeto debido al sepulcro puede libertar al escritor impío ó libertino, ó enemigo del bien comun, de la censura perpetua de la posteridad, la cual no solo tiene el derecho sino tambien el deber de revelar los defectos de los racionios del escritor, de combatir sus opiniones, de demostrar el abuso que ha hecho de su ingenio y de aclarar los artificios que algunas veces haya fundado la ilusion que hace parecer ingeniosas las cosas que no lo son. Este deber, no obstante, deja de ser imperioso cuando la abundancia de los malos hombres lo hace impracticable. La moralidad de los escritores está en razon directa de la de los hombres. El menor número de estos es el de aquellos que aunque libres de toda sugestion de toda ley, de todo temor, serian sin embargo llevados siempre por su probidad á obrar bien. El mayor número tiene necesidad de estar reprimido, de manera que la imposibilidad de hacer mal es lo que por lo comun dispone á los hombres á contraer el hábito del bien. Lo mismo sucede con los escritores, la facilidad de los estudios, la corrupcion de las doctrinas y la inundacion de obras de todo género, dan un valor extraordinario á todos los que quieren lanzarse en la misma carrera, mientras que esta misma irrupcion de escritores hace por una parte que se tenga ménos fortuna para ser distinguido de la multitud, se tiene tambien mas razon para presumir que se nos dejará á un lado, y que de este modo se evita el desprecio público que en otro tiempo inspiraba algunos temores saludables. Entre los escritores, no puede ser el mayor número el de los mas hábiles ni el de los mas honrados de modo que la literatura es mancillada por la

abundancia de los malos escritores y profanada por la de los escritores ineptos, y la libertad de decirlo todo, que es mas peligrosa porque es mas facil que la libertad de hacerlo todo, nos conduce de impiedad en impiedad hasta destruir los fundamentos de la sociedad humana. He aquí porqué despues de tantos libros que se han publicado sobre el provecho de la lectura, sería ahora muy útil escribir un tratado para hacer que los hombres leyesen poco, así como Temistocles no muy satisfecho con la oferta que le hacia Simonides, de vigorizar su memoria, le respondia que quedaria mas satisfecho, si en vez de enseñarle el arte de conservar el recuerdo de las cosas, le manifestase lo que debería hacerse para olvidarlas.

¿Qué se diria segun esto de las acciones privadas de los escritores? ¿Es permitido al censurar al autor, juzgar tambien del hombre? Creo que debe hacerse una distincion entre los grandes escritores y los escritores comunes, y que debe seguirse con relacion á ellos la misma regla que se ha establecido para los demas hombres públicos. El crédito adquirido por los escritores célebres, bien sea que solo hayan sido ingeniosos ó que hayan sido tambien innovadores, da á sus opiniones la autoridad duradera de una escuela. Es permitido, pues, emplear tambien las armas del descrédito personal contra esos hombres que han corrompido algunas veces los destinos de muchas generaciones. Entónces es permitido manifestar sus excesos, los despreciables motivos de su celo y las pasiones innobles que los dominaron, y de decir de su habilidad y de su talento lo que decia Ciceron de los esclavos de Siria que eran tanto mas malos cuanto mejor sabian la lengua griega. La seguridad general es entónces un motivo muy justo de hostilidad, del mismo modo que cuando la posicion de un buque particular favorece á nuestros enemigos, es permitido combatirlo.

Pero se deben mas consideraciones al comun de los escritores, los cuales están ya sujetos á la censura por lo que respecta á sus obras. Por lo demas, en atencion al poco ruido que han hecho en el mundo, deben ser vistos como hombres privados, protegidos por la ley general. Feliz el escritor que halla sido colocado en esta condicion, no por la naturaleza de su talento, poco susceptible de trabajos de mayor importancia, sino por la moderacion de su espíritu y por su amor á la tranquilidad.

Hay ciertamente algunos hombres estimables dotados de un entendimiento despejado,

de un juicio sólido y de imaginacion viva, cuya alma podría lanzarse hasta la mas ardiente invectiva ó el mas fino sarcasmo, y que se dejarían arrastrar por las pasiones que inflaman el corazon de tantos escritores que han conseguido alguna gloria con cualidades intelectuales muy inferiores; pero ellos han creído que el torrente de las edades gira y dispersa el mayor número de celebridades, y que el renombre literario está sujeto á muchas vicisitudes, por las cuales aun los trabajos mas dignos de estimacion quedan siempre en la oscuridad: ellos pues amarian la gloria, porque quedase alguna memoria de su nombre, al ménos en su país natal; pero no darian ninguna importancia á esa popularidad, que por otra parte es muy prodigada para que pueda ser apreciada, muy injustamente atribuida para que pueda satisfacer á los deseos de un hombre sabio, y muy peligrosa é inquietadora para que pueda ambicionarse por un hombre prudente.

No puede pues hablarse de las acciones privadas de los escritores, sin notar tambien que en el número de las cosas que les pertenecen y que deben ser respetadas por la posteridad, deben comprenderse sus obras inéditas. El abuso que se comete constantemente con ellas, me autoriza á lamentar esta violacion de la última voluntad de los literatos, siempre que ocultando sus obras han dado tácitamente á conocer que las consideraban imperfectas, mal concebidas ó reprobadas. Cosa extraña es, á la verdad, que este prohibido trasgredir la voluntad de un mismo hombre, aun en las cosas mas triviales concernientes á sus bienes materiales, y que no exista esta prohibicion por lo relativo á la propiedad mas sagrada, á la de las obras del espíritu. Debe tambien lamentarse el mal que de este modo se hace á la reputacion de los autores, porque las producciones del entendimiento como las de la naturaleza, maduran por grados, y algunas de ellas estan como los frutos naturales, sujetas á no madurar.

Con estas notas hemos aclarado ya la parte de nuestro racionio en lo relativo á la vida de los hombres privados. La ley moral que prohíbe divulgar todo aquello que menoscaba la reputacion de otro, está fundada sobre los mismos principios, por los cuales cada particular está resguardado de las invasiones, de los daños y del desórden en sus posesiones y en sus derechos; ¿y qué es por ventura ménos apreciable la honra del hombre, que el menage de su casa ó el producto de sus tierras? Verdad es

no obstante que se obedece mas bien à la ley amenazadora que protege estos derechos materiales que à la ley desarmada, cuyos principios hemos considerado. No diré que debe desearse mayor rigor en las leyes que aseguran en algunos de los casos espresados la reputacion de los ciudadanos; tampoco observaré que la sentencia judicial del culpable, no basta à la reparacion del mal que se ha hecho, pues à veces el escàndalo de un proceso agrava la desgraciada posicion del calumniado, expuesto de esta manera à una publicidad que la prensa periódica hará resonar por todas partes, à fin de que todo el mundo se informe de nuestros negocios mas ocultos, y que las personas à quienes jamas hubiera debido llegar nuestro nombre, se entretengan con pormenores curiosos de nuestros asuntos domesticos, ó con las debilidades de una esposa. Mas esto es del resorte del legislador, y limitándome à la parte literaria diré únicamente, que en nuestros dias, se ha dado mas ensanche à esta licencia por el abuso que se hace de las publicaciones conocidas bajo el nombre de *Memorias*.

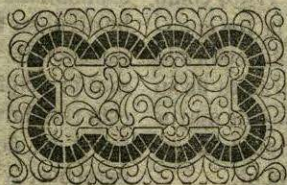
La dignidad y gravedad de la historia no debe permitir que se las degrade hasta la narracion de hechos vergonzosos ó de objetos despreciables. Las memorias han dado acogida favorable à estos desechos de la historia. Todo el intervalo que hay entre las mantillas de la infancia y la mortaja sepulcral, está lleno por el escritor de memorias, y el respeto debido al hogar doméstico, es para él una cosa desusada, de manera que en lo de adelante los muros y la confianza doméstica servirán para abrigar à los hombres del rigor de los meteoros, pero no impedirán que las miradas del autor de memorias penetre en el interior de vuestra casa, y que por sus revelaciones todo el mundo pueda saber en qué dia y con qué motivo habeis abandonado la decencia ó faltado à algun deber, contará las asechanzas que se dirijan contra vuestra tranquilidad doméstica, vuestros errores en la elec-

cion de la compañera de vuestra vida, vuestros gastos excesivos, los médicos por que habeis aumentado vuestra fortuna y todas las intrigas de una vida agitada ó desgraciada, y todo con el fin de poder vender mejor su manuscrito escandalo.

En este género de trabajos literarios, hemos degenerado de los antiguos. Los *comentarios* de los romanos, que correspondian aún en nombre à nuestras memorias, solo servian para uso de las familias. Un esclavo ó un libertino era el encargado de redactar estas efemérides, que contenian todos los hechos de la casa y todos los pormenores del servicio doméstico. Las cosas de interés mas elevado, aquellas que miraban à la república, eran escritas por personas de mayor gerarquía. Suetonio hace mención del cuidado que ponía Augusto en la redaccion de estas memorias. Acostumbrado despues de cenar sentarse en su cama, pues los antiguos amaban mucho esta posicion tranquila, y el silencio de su recámara para meditar mas à su satisfaccion, y para escribir con mas comodidad sobre sus rodillas, segun tenian de costumbre. Encerrado en esta *lecticula lubricatoria*, asentaba diariamente todos los negocios relativos al estado, y continuaba en este trabajo hasta que la noche estaba muy avanzada; Augusto daba tambien gran importancia à los otros comentarios domesticos, habia acostumbrado à su hija y à sus sobrinas à los trabajos de las lanas, y habia mandado que no solo los trabajos, sino aun las conversaciones de la familia fuesen públicas, *con el fin de que se pudiesen tener presentes en los comentarios*.

Facil es conocer por estas consideraciones generales, cuán necesario y útil seria que se pudiese, de una manera cierta y siguiendo el ejemplo de los autores mas acreditados, determinar y fijar los limites de la libertad y de la licencia historial.

(Traducido por P. T.)



LA PATRIA.



N todo tiempo es útil fomentar el amor à la patria; pero es casi necesario, cuando una Nacion se halla, como nosotros, amagada de una guerra extranjera: por que entonces, mas que nunca, necesita de los esfuerzos y sacrificios de sus hijos; en una palabra del verdadero patriotismo. Esto explica el motivo que hemos tenido para traducir el articulo que se sigue, y creemos agrada à nuestros lectores, tanto por el noble fin que nos animó al hacer la version, cuanto por el merito que en si tiene, como todo lo que salió de la maestra pluma de Jouy. Este le da el título de meditaciones; pero para nuestro objeto conviene mejor, y nos hemos tomado la libertad de darle, el que se ve al principio de este articulo.—A. M. de C.

A tous les cœurs bien nés, que la Patrie est chère.
Voltaire.

Las fatigas del cuerpo hacen perezoso al espíritu. Me dirigia yo à Lyon sin hacer memoria de los lugares que poco antes habia dejado, ni pensar en los que iba yo à visitar; mas el estribillo de una cancion de Beranger me sacó de esa especie de letargo, que no era verdadero sueño. Un cochero (cuyos sentimientos estaban en perfecta harmonia con los que el poeta ha expresado con tanto acierto) cantaba con voz sonora y animada las coplas tan conocidas, cuyo final son estas palabras que manifiestan un deseo propio de todo hombre bien nacido: *Salve, oh, patria mia!*

Volney, y antes que él Voltaire, ese hombre admirable que parece haber agotado cuanto hay que decir y que pensar; supusieron que una voluntad omnipotente habia convocado à todas las naciones en los campos de la inmensidad, para dirigirles esta pregunta: ¿Quien es Dios?

Pues si à esa misma asamblea de todos los pueblos de la tierra se la interrogase ¿qué cosa es la patria?

Franceses, ingleses, tártaros, Samoyedos; à una voz responderian: es el campo en que vimos la primera luz, donde nuestras madres nos arrullaron en la infancia, donde hemos amado, donde hemos padecido; es la roca de nuestra playa, el viejo roble que plantaron nuestros padres, el techo de mármol ó pajizo bajo el cual nos mecieron en la cuna, lo es en fin, el sepulcro hereditario en que nuestros abuelos nos aguardan.

Las naciones libres y civilizadas, ven tambien à la patria en los gloriosos recuerdos que ella les trae à la memoria, en las instituciones à cuya sombra se han educado, en los derechos que ella les garantiza.

„La patria (ha dicho Jaucourt filósofo del siglo 18) es la tierra, que tienen interes en conservar sus habitantes, de la que ninguno quiere apartarse, porque nadie abandona voluntariamente su reposo, su gloria, su felicidad. Es una madre que à todos sus hijos ama, y que no hace distincion, sino de aquellos que por si mismos se distinguen. Si permite que entre ellos haya ricos, es con la condicion de que no haya pobres; si consiente en que haya grandes y pequeños, tambien protege al débil contra el fuerte; y aun en medio de este tan desigual repartimiento, conserva cierta especie de igualdad, franqueando à todos el camino de los puestos mas elevados; creeria la patria no haber hecho nada por sus hijos dandoles el ser, si no les procurase al mismo tiempo su bienestar. Es un poder tan antiguo como la sociedad, fundado en la naturaleza y el orden; una potestad superior à todas las que ha establecido en su seno, ora se llamen éforos ó arcontes ora cónsules ó reyes: una potestad à cuyas leyes igualmente están sugetos los que mandan en su nombre, como los que obedecen; una divinidad en fin que solo acepta las ofrendas para distribuirlas, que exige mas afecto que temor, que se sonrie al hacer el bien, y que llora al lanzar sus rayos.

El gefe de una tribu de Iroqueses, viendose urgido por los diputados de la Colonia France-

sa del Canadá, para que se estableciera en el otro lado del Rio que lleva ese nombre, les dijo así: „Nosotros hemos nacido en esta tierra, en ella están sepultados nuestros padres, dirémos á sus huesos: ¿levantaos y venid con nosotros á una tierra extraña? Los Hotentotes, arrojados á un extremo del Africa entre los cafres sus feroces enemigos y los Europeos, mas temibles aun para su libertad, ¿consentirán jamas en abandonar el suelo patrio, donde les amenazan sin cesar la esclavitud y la muerte? El adagio tan repetido. „*Ubi bené, ibi patria*” no es verdadero sino en boca de un cortesano ó de un esclavo; y la mayor parte de los Europeos ha podido hace mucho tiempo, y puede aun sin ingratitud, decir con el judío de Para: me arrojarais de aquí nada me importa. Yo sacudiré el polvo de mis piés é iré á buscar en otra parte otros hombres con quienes traficar; que me arruinarán, pero á quienes yo engañaré si puedo, y de los que me separaré con la misma indiferencia con que ahora os dejo á vosotros.”

El amor de la patria nace y se desarrolla con la razon, y no se extingue sino con ella: abraza todas las vicisitudes de lo presente, todas las glorias de lo pasado, todas las esperanzas del porvenir. Un verdadero patriota es aquel que (con mas verdad que el Cardenal de Retz, puede decir al espirar. „En los tiempos aciagos no he abandonado yo á mi patria; en los bonancibles no he tenido otro interes que el suyo; y en los desesperados jamas me he dejado vencer por el temor.” Triunfos, glorias, honores, amigos, deudos y familia, todo lo encierra en si esta mágica palabra „*Patria*” á todo es preferible, por que todo lo que es distinto de ella es menos que ella: por su existencia todo se sacrifica, por que la ruina de la patria arrastra consigo la de los ciudadanos, y la pérdida de todos los bienes, cuyo goce nos asegura.

Y ¿tendrán acaso patria los pueblos esclavos? ¿la tienen los hombres que al oír la palabra *libertad* lloran y muestran sus cadenas, que están anonadados por sus gobiernos, que las leyes los han dejado como blanco de los ultrages del mas fuerte y que maldicen á toda hora la tierra que cultivan para unos amos duros y avarientos? ¿La tenian tampoco nuestros abuelos en el siglo VI. cuando los cósacos, esos nobles descendientes de los Sicambros, vinieron á destruir la libertad de las Galias; cuando era prohibido á los seglares sentarse á presencia de los clérigos, al artesano, al comerciante, al labrador, el pasar delante de un Sicambro sin hacerle una profunda reverencia?

No hay patria si no hay libertad; pero con esta ¿cuán cara no es la patria! ¿Qué sacrificio habrá que no esté dispuesto á hacer por ella un generoso corazon? „Si no habeis podido sufrir la dominacion de un hombre como Cesar, ¿podreis ¡oh padres conscriptos, tolerar la de un hombre como Antonio? Por lo que á mí me toca, y lo digo en alta voz, en mi juventud defendí la libertad; ahora anciano tampoco la abandonaré. Yo que desafié al puñal de Catilina, no he de temblar, por cierto, ante la espada de Marco Antonio; muy al contrario, presentaré mi pecho al golpe que le amenaza, con tal que yo tenga esperanza de que el pensar de mi muerte, despierte en el corazon de los ciudadanos los sentimientos que me animan, y que el dolor del pueblo romano lo impela á destrozr el yugo que se le prepara.”

„Veinte años hace ya, padres conscriptos, que en este propio templo decia yo: *Por mi jóven que muera un cónsul que pierda la vida en el servicio de su patria, no es en verdad, muerte prematura.* ¿Y usaria yo de otro lenguaje, al hablaros hoy de un viejo que viene á ofrecerse como víctima? ¿Qué puedo esperar mas glorioso que la muerte, si por ella consigo librar al pueblo de toda esclavitud, si por ella cada ciudadano podrá ser feliz, desgraciado en proporcion que haya servido bien ó mal á la patria?”

Por la patria vuelve Régulo á Cartago á morir en un suplicio. Por ella el rey Juan, despues de la paz de Brétigny, torna á Londres para acabar sus dias en su prision. Por la patria tambien dejan voluntariamente su patria natal los Laudemonios Spertis y Buris y se presentan en Persia ante el gran Jerjes y le dicen: „*Nuestros compatriotas han dado muerte á nuestros embajadores: este es un crimen, y nosotros venimos á espiarlo. Sea cual fuere el suplicio que nos condenes, estamos prontos á sufrirlo.*” Jerjes de asombro por una virtud tan heróica, perdona el ultraje que habia recibido; pero quiere comprometer á Buris y Spertis á que permanezcan á su lado; y la patria es la que dicta su respuesta: „*Cómo, le dicen, como podremos abandonar nuestro pais, nuestras leyes y á unos hombres tales, que hemos venido aquí á morir por ellos?*”

Encendido una vez el amor de la patria, puede ya extinguirse: por que este fuego celestial vive y se conserva bajo las fecundas cenizas de los recuerdos. Si preguntamos á los Coptos, que arrastraron una vida miserable en

tre los escombros de la ciudad del Sol, nos responderán llenos de orgullo: Egipto, nuestra patria, fué el manantial de las luces, y la cuna de las ciencias. Los judíos, desterrados de las ruinas del Jordán, errantes de un pueblo en otro por espacio de veinte siglos, alimentados con el oprobio y la persecucion, se consuelan con sus recuerdos religiosos, y jamas oyen sin júbilo, resonar en los aires el dulce nombre de Israel.

La libertad, nacida bajo el brillante cielo de la Grecia y de la Italia, es una planta indígena de estos venturosos climas. El hierro de los barbaros la ha segado, y ya no cubre con su sombra el suelo natal; pero en esta misma tierra que huellan sus opresores ha dejado hondas raíces, indestructibles, y siempre prontas á echar otros nuevos tallos.

Dos mil años han transcurrido desde que las repúblicas de Grecia fueron á sepultarse en el océano de Roma: veinte siglos han pasado sobre los restos de Camilo y de Scipion: manos esclavas conducen el arado por los campos en que Tébas y Lacedemonia fueron: la ciudad eterna está llena de monges y vacia de ciudadanos. Sin embargo, Grecia y Roma viven en la memoria de todos los pueblos de la tierra: cada siglo aumenta su gloria y acrece su nombradía, sus monumentos son consultados por los artistas, sus libros por los sabios, sus leyes por los jurisconsultos de todas las edades, y de todos los paises. La antigua Grecia no pertenece al resto del mundo sino por sus juegos olimpicos: sus legisladores, sus poetas, Licurgo, Homero, Demóstenes, Sócrates, Milciades, Agesiláo, Aristóteles, no son para nosotros mas que grandes hombres; pero estos grandes hombres son los antepasados de los griegos modernos, sus nombres venerables han sido pronunciados en las márgenes del Cefiso y del Eurotas, repetidos por los ecos de Maraton y del Taygeto, y ya los tímidos habitantes de la Morea, levantando sus envilecidas frentes y sus brazos cargados de cadenas, despiertan con los recuerdos de la patria, y piden á los pueblos libres, vengadores y armas. Cada dia parece que la aurora se levanta, para alumbrar la restauracion de la Grecia: en cada mensaje que llega del oriente se espera leer estas palabras: *La Grecia es libre...*

Y ¿qué hombre honrado, no abrigará estas magnánimas esperanzas, que alimentan los oprimidos hijos de la brillante Aténas, de la virtuosa Lacedemonia, de Tebas la esforzada? ¿Qué generoso corazon no deseará, con la mayor vehemencia, que se apresure el dia en que otro

Flaminio anuncie á todos los griegos: *que en adelante libres de toda traba, seguros de toda extorsion, vivirdn segun sus antiguas leyes y en una completa libertad, los habitantes de la Fócide, de Corinto, del Peloponeso, de la Acaya, de la Lócride del Negroponto, de Magnecia, de Tíotide y Tesalia.* Los Tiberinos (aunque abatidos como los griegos no tan despojados de su antigua gloria) toman un aire amenazador al mostrar á un extranjero los restos de la grandeza romana, y su pecho se inflama relatando las virtudes del Pueblo-rey. Desde lo alto del Capitolio, señalan la columna Bélica, á donde subian los cónsules para disparar la flecha hácia el pais á que Roma enviaba la guerra; y el templo de Belona en que se congregaban los senadores para recibir las embajadas, y resolver sobre la solicitud del general que pretendia los honores del triunfo.

Y ¿no somos por ventura nosotros descendientes de esos Galos, célebres por su franqueza, y que poblaron la Europa con sus colonias, sin abandonar por esto el suelo que los vio nacer? cuya aparicion en cualquiera punto de la tierra, siempre bastó á decidir de la victoria; que condenaba á muerte al que llegaba el postretero al consejo, ó al campo de batalla; que marchaban al combate coronados de flores; que consagraban su espada á la patria, y su corazon al culto de la hermosura que á toda hora abrian la puerta al desgraciado, al débil, al extranjero, y que la cerraban por la noche apesarados cuando su huesped no habia llegado? ¿Y no somos hijos de esos Galos entre los cuales fundaron los druidas la mas antigua escuela de filosofia, de que hay memoria en los anales del mundo; de esos Galos tantas veces vencedores de los romanos, y á quienes el mismo Cesar no llegó á vencer despues de diez años de combates, sino armando á los unos contra los otros? ¿Y cual es el pueblo de la tierra en que la poderosa voz de los recuerdos halla despertado pensamientos tan grandes y patrióticos, como en los hijos de esta antigua Galia, cuyo origen se pierde en la profundidad de los tiempos?

Cuando el hombre entrega su espíritu á vagas meditaciones, ó abandona sus miembros al reposo; no tiene sino una confusa idea de su agilidad y de su fuerza. Cuando no se ve acosado del dolor ó la necesidad, cuando callan sus pasiones; no experimentan sino un sentimiento vago de su violencia y energia. La salud, los dulces hábitos de la vida domestica, la sociedad con sus amigos, la concurrencia

con sus compatriotas, los fuegos, las fiestas, la verdura y riqueza del suelo, todo lo ve, disfruta de todo con tal tranquilidad, que parece serle indiferente la conservacion de estos dones inapreciables. Pero que la inquietud y la zozobra pongan en alarma á sus sentidos, que los amigos se alejen, que la muerte amenaze á la madre, á la esposa, al hijo querido; y entonces su palidez, sus lágrimas, sus gritos, revelarán á todos un pesar, cuya intensidad no habian aun conocido. Un error del que manda, la maldad de sus enemigos, ó la iniquidad de sus jueces, han aberrojado en un calabozo á un hombre amante del estudio y del retiro, que lleva muchos años de estar por inclinacion y por hábito metido entre las cuatro paredes de su gabinete, ¿que tiene pues que estrañar en la prision si en ella encuentra sus libros? Nada ciertamente. Sin embargo apenas han pasado veinte y cuatro horas de haberse cerrado tras él las puertas de hierro, y ya pide con gritos penetrantes esa misma libertad cuyo uso desdeñaba. Siempre está de pié, va, viene, recorre en todas direcciones el estrecho espacio que lo encierra; cuando antes, no conocia otro ejercicio que el de su pensamiento, sin mas movimientos que los de su alma. Pero ahora no desea otra cosa que la dicha de andar por la ciudad, de ver los campos, de penetrar en los bosques sombríos; y solo de pensar que le han arrebatado un bien que poseia sin gozarlo, está próximo á la desesperacion.

Mas; ¡ay! cuan ligero es su dolor si se compara con el de un desventurado que se ve reducido á morir en el destierro. Entonces se despierta en su corazon el amor de la patria, para hacer mas cruel su eterno suplicio! Entonces es cuando conoce el precio de lo que ha perdido, y maldice la crueldad de los hombres. La mañana y la tarde, el dia y la noche, las flores del otoño, las escarchas del invierno; todo en fin es para él un objeto de dolorosas memorias, todo le recuerda cuanto él ha amado; y en medio de tan amargos pensamientos es como se conserva el último soplo de su deplorabile vida.

Filoctetes, abandonado en la isla de Lemos, divisa á Neptolemo y Ulises, y al momento se olvida de su desgracia, y se adelanta hácia ellos exclamando: ¡oh Dioses inmortales! ¿No son griegos estos dos hombres que veo? . . . Hablan . . . Este es mi idioma. ¡Oh hijo mio! (continuó el heroe desterrado, dirigiendose al hijo de Aquiles) habla, habla aun: quiero escuchar el dulcísimo lenguaje de mi patria, del que han estado privados tantos años mis oídos. Tam-

d

bien yo he llevado en otros tiempos esos vestidos que ahora os cubren. . . . ¡Oh extrangeros! Si sois griegos, apiadaos de mi, arrojadme en vuestro barco, á la popa, á la proa, donde querrais con tal que me lleveis á nuestra comun patria, para morir yo en el lugar mismo en que comencé á vivir.

Cuando el odio desde lo alto de la tribuna propuso una ley de proscripcion: *No es, decia, la muerte de tantos franceses la que os pido, sino su destierro; que sean extrañados, y quedo satisfecho.* „Yo he adquirido derecho de responder (exclamó entonces con voz alterada un hombre cuyas lágrimas han corrido en los desiertos de Sinamari) ¿pues qué no es nada el destierro? ¿se puede concebir acaso un suplicio mayor que los tormentos que sufre un relegado? En sus enfermedades nadie le asiste; sus dias se consumen en la amargura de los pesares: sus ojos se apagan con el llanto. El desterrado vive en medio de unos intereses, y rodeado de unos hombres, á quienes allije la prosperidad del pais á que pertenece aquel que se gozan en sus reveses: ve hacer los aprestos de guerra por sus enemigos, que estos amenazan á su patria y no podrá defenderla ni morir por ella. ¡Oh! y cuán penosa es de subir la escalera del extrangero, cuán amargo el paso que dá, como dice el Dante.

Y conociendo las penas del destierro, habiendo ya sufrido vosotros los tormentos de un ex-patriado, ¿como es que quereis atraerlos ahora sobre vuestros compatriotas? Aquellos que quienes han recibido el ser viven aun, y no obstante son huérfanos; existen sus hijos, y no oirán jamas de su boca el dulce nombre de padre; la nieve asoma en su cabeza, las arrugas de la vejez se descubren ya en su frente y nada los alhaga en esta vida, nada apresura su muerte. Ocupados con un solo pensamiento, é incapaces de cualquier otro cuidado, se levanta á toda hora del dia, y á veces por las noches, sentados en la ribera del mar, recorriendo sin esperanza con ojos lánguidos, un horizonte sin límites, y buscar en él el punto hácia el cual está situado su pais, y la ruta que debe seguirse para ir y para volver. La muerte es sin duda mil veces preferible á ese estado de angustia y de dolor; sin embargo la muerte los horripila; morir sin ver una vez á su familia y sus amigos, sin que nadie lo sepa, ni pueda decir: *¡Aquí yacen sus cenizas; aquí es donde ha cesado de padecer!* Semejante sacrificio es superior á las fuerzas humanas, ¡Oh hombres! seais quienes fuereis no apliqueis jamas esa pena á otros hombres, sean los que fueren; no la impongaís

nunca ni á los mayores criminales; arrancadles mejor la vida, pero no los desterreis.

Caminaba yo para Lyon, é iba pensando en lo que sucedió á los dos hermanos Bachevilles el lamentable año de 1815, que la historia ha inscrito en sus sangrientos anales. Mi memoria fiel, al recordarme los crímenes de esa época, me ponía delante de los ojos á los dos hermanos, desde los primeros pasos que habian dado en la carrera de las armas, sentando plaza entre los valientes de un ejército, que nunca tendrá rival en los fastos de la gloria. El triunfo de la fuerza y la fortuna, no habia desanimado su valor; dejaron el campo de batalla, pero despues de haber perdido la esperanza de morir en él. Estos últimos esfuerzos fueron reputados como un crimen; se alza contra ellos la persecucion, y cediendo á las súplicas y llanto de una familia, de que son el idolo y orgullo, salen de Francia, suspirando por el cadalso á que estaban destinadas sus cabezas. El hermano mayor, por seguir al mas jóven, abandonó el lecho glorioso en que lo tenian las heridas recibidas en defensa del suelo frances, invadido por el extrangero. Vedlos errantes en los diversos estados de la Europa, donde les está prohibido, como en Francia, usar del agua y del fuego; perseguidos, acosados de selva en selva, de caverna en caverna, van á buscar un asilo entre los bárbaros, contra el furor y la injusticia de los pueblos civilizados; y su noble infortunio encuentra al menos allí corazones abiertos á la compasion; el Arabe los acoge bajo su tienda y cura las heridas de un guerrero frances, proscrito en los lugares en que todavia humea la sangre que ha derramado en defensa de su patria. Vedlos como se dirigen á la Persia, donde esperan ser admitidos al servicio militar; pero ¿cuanto mas amarga se hace su suerte, á medida que se alejan de la Francia, y cuanto es mas sensible la pérdida de la patria en el silencio de un desierto! Vedlos, ocupados con la misma idea, detener el paso repentinamente, mirarse con los ojos arrasados en lágrimas, y arrojandose el uno en los brazos del otro, exclamar entrambos á la vez: *¡volvamos á morir en Francia.* Unánimes en

esta resolucion, solo un pensamiento los define: van á sufrir una sentencia, ó mas bien van á encontrar la muerte en un pais donde se ha pronunciado ya su fallo: y ¿destruirán de un golpe las esperanzas todas de su familia? Uno solo, pues, debe ser victima; si perece salva á su hermano y deja un consolador á sus padres; pero el peligro es mas inminente sin duda para el que haya de partir, y por espacio de muchos dias se disputan entre si el funesto derecho de hacerlo.

¡Ah que separacion la de estos hermanos, de estos tiernos amigos, uno de los cuales corre á recibir la muerte que le aguarda en el seno de su patria, mientras el otro tiene que soportar en una tierra extraña un suplicio infinitamente mas penoso. ¡Llega Bartolomé á Francia, se constituye prisionero, y pide que se le juzgue; su inocencia y la de su hermano quedan reconocidas; ¿Qué mensajero mas veloz que el aire, mas rápido que el pensamiento podrá llevar esta noticia á sus hermanos con la celeridad bastante? Solo el gobierno posee los medios de acortar la distancia, y los pondrá en ejercicio: por que se trata de reparar una injusticia horrible, de restituir á su patria, á su familia y al ejército, un ciudadano, un hijo, un guerrero digno de ellos.

Mas ¡ay! cuan duro es decirlo: no faltan hombres que sostengan, que la sentencia que destruye una acusacion solidaria, no establece una inocencia comun: que la absolucion de uno de los hermanos en nada favorece al otro.

La voz de la justicia queda sin eco, no llega á los oídos del infeliz desterrado; y creyendo este que su hermano ha perecido por que fue confirmada la sentencia que los proscribió, la desesperacion lo descarría. Sin plan, sin recurso, agoviado de dolor, de fatiga y de miseria, vacila y cae no muy lejos de los muros de Basora. Las arenas del desierto se acumulan ya sobre el cuerpo del guerrero moribundo; pero no cubren todavia sus parpados; los entreabre con esfuerzo; sus últimas miradas se dirijen hácia Francia, y sus palabras postrimeras son las mismas, que poco ha resonaron en mi oído: ¡salve oh patria mia!

